

La Iglesia quería hacer de la caballería una especie de orden religiosa (1). Hay que leer en el *Pontifical romano* las oraciones que acompañan á la ordenación del caballero; referirémos la oración que sigue á la bendición de la espada, y que marca bien la influencia de la religión en la caballería y el papel que se le señalaba: "Señor, Padre Omnipotente y Eterno, que por vuestra sabia disposición habeis permitido á los hombres en la tierra el uso de la espada para reprimir la malicia de los malvados y para defender la justicia, y habeis querido que se estableciese una orden militar para la protección de vuestro pueblo, á vuestra clemencia rogamos deis á este vuestro servidor, que abraza hoy el estado de caballero, las fuerzas y el valor necesarios para defender la fe y la justicia; que le deis un acrecentamiento de fe, de esperanza y de caridad. Dadle también, Señor, vuestro temor y vuestro amor, la humildad, la obediencia y la resignación. Dirigid en todo su conducta tan rectamente, que nunca se sirva de esta espada ni de otra alguna para dañar á nadie, sino que use siempre de ella en favor de la equidad y de la justicia. Que así como pasa hoy del estado de la condición de escudero á la de caballero, se desnude del hombre viejo con todos sus hábitos para vestirse del nuevo; que os tema y que os honre; que no mantenga ya relaciones con los perversos; que ejerza la caridad para con su prójimo; que obedezca en todo á su superior, y que llene cumplidamente su deber en todas las cosas," (2).

La sociedad se veía en manos del vandalismo, porque el genio de la raza germánica rehusaba plegarse bajo las leyes sociales. Para establecer el orden y la justicia, se necesitaba humanizar el valor feroz de los Bárbaros; se necesitaba mostrarles, como objeto de la actividad guerrera, la defensa de la religión, el sosten de la justicia y la protección de los débiles y de los oprimidos, en lugar del pillaje, de la destrucción y de la vanagloria. Tal fué el objeto ideal que la Iglesia dió á la institución de la caballería; por eso dirige sus oraciones á Dios,

Hist. de la antigua caballería, c. IX, en LEBER, Colección de disertaciones sobre la hist. de Francia, t. XII;—GUIZOT, lec. XXXVI.

(1) HELINAND, monje de Froimond en el siglo XIII, después de haber dicho que los caballeros se consagran al servicio de la Iglesia, añade que sus deberes no difieren mucho de los de los religiosos (TISSEIR, *Bibliotheca patrum cisterciensium*, tomo VII, página 292).—Compárese SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, t. I, p. 70 y 119.

(2) MENESTRIER, de la Caballería, p. 220.

á fin de que inspire humildad á aquellos hombres que adolecían de un excesivo orgullo, y de que la personalidad que predominaba en ellos hiciera lugar á la abnegación, al desinterés y al sacrificio. Nada más bello que los consejos de humildad cristiana que los romances de caballería ponen en boca de los caballeros. Oigamos al rey Perceforest: "Se me acuerda de una palabra que un ermitaño me dijo un día para castigarme; porque me dijo que si yo tuviese tantas tierras como tuvo el rey Alejandro, y tanto saber como tuvo el rey Salomón, y tanta bravura como tuvo el valeroso Héctor de Troya, sólo el orgullo, si reinara en mí, lo destruiría todo," (1). El autor de *Jouvenel* traza el ideal del caballero de este modo: "Procedía en todo bajo la mano de Dios y en su nombre al ocuparse en hechos notables, sin decantarlos y sin alabarse á sí propio, porque la alabanza se considera vituperio en boca de aquel que se alaba, así como realza á aquel que no se atribuye mérito y se lo da á Dios. Si el escudero se vanagloria de lo que ha hecho, no es digno de ser caballero, porque la vanagloria es un vicio que destruye y anula los méritos y los galardones ó beneficios de la caballería," (2).

§ IV.—Influencia de la caballería.

La caballería, ¿no es más que una ficción de los poetas y de los romanceros? Apenas cabe el hacer esta pregunta después de lo que hemos visto relativamente á las ceremonias y oraciones con que la Iglesia consagraba la institución. La poesía embellece lo que existe, pero no crea un mundo completamente imaginario; los poetas han idealizado los caballeros, no los han inventado. El origen de la caballería se explica por la historia. Los elementos existían en las costumbres germánicas y en el cristianismo, y se desarrollaron en el siglo XI, bajo la influencia del feudalismo y de la Iglesia. El régimen feudal es el que dió alas al espíritu individualista de los Germanos, ó, mejor dicho, el régimen feudal es el producto del espíritu germánico. Pero al mismo tiempo que la personalidad, dominaba la fuerza; y entonces es cuando,

(1) SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, t. I, p. 133.

(2) SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, t. I, p. 137.— Véase á JUBINAL, *Romances*, I, 333. *El bachiller de armas*: «Otra vez debe decir que no busca la vanagloria,» etc.

bajo la inspiración del clero, surge la idea de proteger á los débiles y de defender á la Iglesia y á la sociedad, igualmente amenazadas. La Iglesia adquiere en el siglo XI nueva autoridad, arrojando de su seno los vicios de la sociedad civil y concentrando su poder en el papado; teniendo por necesidad que luchar con el feudalismo, ensaya primeramente el establecimiento del orden y la paz por medio de la Tregua de Dios; después busca auxiliares en el seno mismo de la aristocracia guerrera, y se apodera de la caballería, y la rodea de formas religiosas, y la da una misión moral. El primer juramento que presta el caballero es "temer, reverenciar y servir á Dios, combatir por la fe con todas sus fuerzas y arrostrar mil muertes antes que renunciar al cristianismo," (1). La sociedad está entregada al imperio de la violencia... ¡Ay de aquel que no sea capaz de sostener su derecho! La Iglesia impone al caballero la obligación de proteger á los débiles, á las viudas, á los huérfanos y "á las doncellas en buena lid;" también le impone la obligación de no usurpar jamás el bien ajeno; antes bien, combatir contra los usurpadores (2).

¿Tuvieron éxito los esfuerzos de la Iglesia? Pedir un éxito completo sería pedir un imposible; se trataba nada menos que de la educación moral de una sociedad bárbara, y la civilización no es obra de un día. Pero nadie negará que los caballeros llenaron su misión de defensores de la fe, puesto que dejaron bienes, honores, familia y patria, para ir á verter su sangre en una lucha á muerte contra los infieles. Algo más difícil es comprobar la intervención de los caballeros en la reforma de las costumbres sociales; porque, como los hechos de esa naturaleza se confunden con la vida privada, los cronistas los dejaron á un lado, y solamente en los poetas es donde se hallan algunos vestigios de la influencia de los caballeros en aquel sentido. La *Orden de Caballería* los representa como los hombres justicieros de los tiempos feudales: "Sin ellos, dice el poeta, no habría orden ni seguridad, y los malhechores vendrían á robar los

(1) GUIZOT, lec. XXXVI.—DE LA COLOMBIÈRE, el *Federado teatro de honor y caballería*, t. I, p. 22.—El libro de la *Orden de la Caballería* dice: «Oficio de caballería es mantener la fe católica.» DE SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, tomo I, página 138, nota 34.

(2) *Orden de Caballería*: «Oficio de caballero es defender mujeres, viudas y huérfanos, hombre débiles y oprimidos» (SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*).

cállices hasta de los mismos altares," (1). No todos los caballeros merecían ese elogio; pero tampoco es cierto que la poesía lo haya inventado todo. El venerable Pedro, abad de Cluni, hace una triste descripción de las guerras y latrocinios que en el siglo XII desolaban los países situados entre el Saona y el Loire. Los condes se conducían, dice, como si Dios les hubiese instituido, no para defender el pueblo, sino para devorarlo. Entonces llegó de la Palestina un caballero del Temple, casado antes de haber hecho sus votos; recobró á su mujer y se estableció en la provincia leonesa; y los latrocinios cesaron, reapareció la paz, fué devuelta la seguridad á los comerciantes y á los labradores, la Iglesia y los pobres respiraron (2).

La protección á las mujeres, tan celebrada por la poesía, tampoco fué pura invención. Digase lo que se quiera de los buenos tiempos antiguos, el matrimonio, en la Edad Media, era un mercado mucho más que lo es hoy; la mujer se veía frecuentemente sacrificada á intereses políticos; todo poseedor de feudos era un soberano, y ya se sabe cómo se hacen los matrimonios entre príncipes. Los caballeros más ilustres acometían las aventuras más peligrosas para salvar á las víctimas de la tiranía familiar. Nos queda una carta de un trovador al célebre marqués de Monferrato, en la cual cantó el poeta una proeza de aquel género: su héroe había librado á una mujer oprimida por un pariente, que quería casarla contra su gusto (3). En un tiempo en que la caballería estaba ya en decadencia, se distinguió aún por la protección á los débiles; *Bucicato* formó una orden con el nombre de *la Blanca Dama del escudo verde*, con el objeto de hacer restituir á las nobles damas los bienes de que habían sido despojadas por injustos expoliadores durante las guerras que habían desolado la Francia (4). Todos, hasta los caballeros andantes, tuvieron una existencia histórica antes de que se inmortalizase el escritor de genio que los entregó al ridículo y á la burla. Llamábanse de

(1) *La Orden de Caballería*, vers. 437 y sig. (BARBAZAN, *Romances*, t. I, p. 76): «Porque si no fuera la Caballería,—bien poco valdría la Señoría,—aquella defiende la santa Iglesia—y nos hace justicia—de los que nos quieren hacer mal...—Los cállices se robarían—ante nuestros ojos del altar,—y nada estaría seguro:—pero su justicia provee—y nos defiende de atropellos:—si á los malos no exterminasen,—no podrían ya vivir los buenos.»

(2) *Epist.* VI, 26 (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXII, p. 954).

(3) FAUREL, *Hist. de la poesía provenzal*, t. I, p. 487-492, refiere muchos rasgos de ese género.

(4) *Hist. de Boucaut*, c. XXXIX.

aquel modo los guerreros que, para hacer pruebas de valor, de intrepidez y de desinterés, recorrían lejanas tierras en busca de oprimidos que proteger, de peligros que arrostrar, de hazañas que llevar á ejecución. Una composición de un trovador nos pinta con vivos rasgos la vida del caballero andante y la misión que se atribuía: "Galopar, dice el poeta guerrero, trotar, saltar, correr, vigilar, privaciones y fatigas, van á ser de aquí adelante mis pasatiempos. Cubierto de acero y hierro, sufriré los calores y el frío; los bosques y las encrucijadas serán mi habitación; las endechas y las trovas serán mis canciones de amor, y sostendré á los débiles contra los fuertes" (1).

§ V.—El ideal de la caballería y la civilización moderna.

¿Es esto decir que haya que tomar por lo serio todo lo que los poetas refieren acerca de las costumbres caballerescas? ¿Habrá que echar de ménos aquellos tiempos en que reinaban la lealtad, la generosidad y la abnegación? Habría un trabajo fácil de hacer y que, en nuestro juicio, convencería á los entusiastas partidarios de lo pasado: ese trabajo es el de recoger las apreciaciones que hace cada siglo del que le precede y compararlas con las de los contemporáneos; de ese modo se hallaría siempre y en todas partes el tiempo pasado enaltecido á expensas del presente. Pero ¿adónde encontrar esa edad de oro en que reinaban todas las virtudes? Un siglo nos envía al otro, y los mismos tiempos, elogiados y hasta idealizados por la posteridad, se ven representados por los contemporáneos de ellos como una época de decadencia y de corrupción; y así, cuando se llegase al término de ese exámen, se adquiriría el convencimiento de que el elogio á lo pasado es una ilusión, nada más que una protesta contra los males del presente. Tal puede decirse de la época de la caballería comparada con la sociedad actual. Oigamos las pruebas del tiempo en que aquélla estaba en todo su esplendor. Los poetas del siglo XII dicen que se halla ya muy decaída, que continúa decayendo rápidamente; pintan su época como la edad de hierro de la institución, y suponen una edad de oro ya

(1) FAURIEL, *Hist. de la poésie provençale*, t. I, p. 534.—*Historia literaria de la Francia*, t. XVII, p. 507.

distante de ellos. Pero ¿dónde colocan esa edad de oro? En un tiempo en que aún no había semejante institución! (1). Tal es la ilusión del espíritu humano: se forma un ideal de perfección; y al ver que la realidad responde tan poco á él, lo confina á un pasado imaginario.

¿Qué eran los caballeros en el siglo XII? Si hemos de creer á *Pedro de Blois*, sus caballos de carga, en vez de ir enjaezados y llevar las armas necesarias al combate, iban cargados de viveres, alimento de la glotonería y de la embriaguez. "Al verles, dice, se creería que iban á un banquete. Es verdad que van cubiertos de adargas en que el oro brilla por todas partes; pero las traen tales como las llevaron, vírgenes é intactas." Si los caballeros ya no tenían ni aún el valor físico, ¿cómo habían de poseer las virtudes morales que gratuitamente se les atribuyen? Su vida era en todo el contrapeso de sus deberes y de sus juramentos, si hemos de creer á sus contemporáneos: se les acusa de avaricia, de fraudes, de robos, de latrocinios, de vandalismo, de todos los excesos propios de una milicia sin freno, sin principios y sin el sentimiento del deber. Su misión era la de defender á los pobres y á las iglesias, y el concilio de Troyes, que en 1128 dió una regla á los Templarios, dice que la caballería laical despoja y persigue de muerte á aquellos á quienes debía proteger (2). Apenas instituida la caballería religiosa, se ve que no es mejor tratada que la caballería laical. Bien notorias son las acusaciones de impiedad y de inmoralidad que pesan sobre los Templarios; y entre los Hospitalarios, en vez de la humildad, de la pobreza y de la caridad, se veía triunfar el orgullo, la opulencia y la molición: la fe que allí se profesaba era el fraude y la traición. La altivez, la vanidad y el orgullo eran los vicios congénitos de todo caballero, dice una autoridad no sospechosa, el autor de las *Memorias sobre la Caballería* (3).

Oigamos ahora á un poeta del siglo XIII, al célebre *Pedro Cardenal*: "Los barones, por lo general, son mentirosos, pendencieros, opresores de sus vasallos, altivos y ladrones... Aunque Dios die-

(1) FAURIEL, *Hist. de la poésie provençale*, t. I, p. 185-189.
(2) "Ordo militaris, despecto justitie zelo, non pauperes et ecclesias defensare (quod suum erat) sed rapere, spoliare, interficere contendebant." Cf. JOH. SARISBERIENSIS, *Policraticus*, IV, 8: "In eo militie sue gloriam constare credunt, si contemptibile sit sacerdotium, si ecclesie vilescat auctoritas..."
(3) DE SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, tomo II, página 47.

ra á uno de esos malvados barones todo lo que se encuentra de aquí á Turquía, no lograría saciarlos. Entre ellos, la perversidad está honrada, el valor y la cortesía se miran con desprecio; no hacen caso alguno de la probidad, que consideran un nombre vano; son más codiciosos de botín que los lobos, y mienten con más impudencia que mujeres perdidas. En vano les abriríais dos ó tres agujeros para hacer salir de ellos la verdad; no saldrían más que mentiras, pero saldrían á torrentes... ¡Qué horrible espectáculo sería si pudiera verse el fondo del corazón de los perversos barones! Retrocedería uno de espanto... La fuerza es la regla absoluta de su conducta; la falsedad y la injusticia los árbitros supremos de su gobierno. Si el robar y el mentir y el ostentar fausto y orgullo fuesen virtudes, una infinidad de señores estarían cerca de Dios. Cuando uno de ellos se pone en camino, la maldad le precede, le acompaña y le sigue; la codicia le exalta, la justicia lleva su estandarte, y el orgullo es su itinerario... Suscita á uno una querrela, á otro le despoja, amenaza á este, pega á aquel... ¿Se trata de recaudar las prestaciones que se le deben? Apalea y estruja á sus vasallos, hasta que no les deja nada; y para estos infelices, el granizo, el hambre y la muerte misma son ménos temibles que aquéllos" (1).

La sátira de Don Quijote es más benévola que ese otro cuadro. Sin duda que debe tenerse en cuenta la exageración y la pasión que dictan las censuras de los contemporáneos; pero por mucha benignidad con que queramos juzgar, resultará siempre un hecho incontestable, el de que la realidad está muy lejos del ideal. Nosotros añadiremos que el ideal no podía ser realizado. La religión era la que inspiraba los sentimientos morales que tanto se decantan en la caballería; pero la Iglesia no podía dar en aquel tiempo virtudes que no poseía. No hay más que recordar las costumbres del clero en los siglos XI y XII. Clérigos concubinarios, abades simoniacos, obispos guerreros y merodeadores no podían formar caballeros que tuvieran pureza de costumbres, generosidad y desinterés. Es verdad que después del siglo XII la Iglesia se reformó; pero la reforma fué lenta y acompañada de muchas recaídas, y más lenta y más difícil aún debía ser la acción de la Iglesia sobre los hombres

(1) MILLOT, *Hist. literaria de los trovadores*, t. III, p. 250-254.

del siglo. El fondo de las costumbres en la Edad Media lo constituía la rudeza llevadas algunas veces hasta la crueldad, y las costumbres continuaron siendo rudas durante toda la época feudal; fueron humanizando mediante la influencia lenta del cristianismo. La caballería era un débil contrapeso á la barbarie; hay que tener en cuenta su acción; pero por poco que se la exagere, se cae en el error. La protección de los débiles era la gran misión de los caballeros; pero ¿á quiénes aprovechaba su apoyo? Bajo el régimen feudal había una clase de oprimidos cuyas miserias sólo tenían fin con la vida. ¿Se ve acaso que los caballeros tomaron partido contra los señores en favor de los siervos? ¿Cómo lo habían de hacer, si eran ellos mismos de la casta de los opresores? Participando, como participaban, de sus pasiones, nada había de común entre el caballero y el villano. La caballería es una institución aristocrática, no es una institución humana; la protección que daba á los débiles no aprovechaba más que á las damas nobles; los caballeros no pensaban en proteger á los que tenían verdadera necesidad de protectores.

Ya en las *Canciones de los Gestas*, los más antiguos poemas de la caballería, se ve á los caballeros usar y abusar de la fuerza á expensas de los pobres siervos (1). Al civilizarse, los caballeros no se hicieron más humanos. Un poeta del siglo XII, *Armando de Marveil*, dice que los barones de su tiempo, "instituidos únicamente para tener al mundo en paz y para dar ejemplo de clemencia, de justicia y de generosidad, habían llegado á tal grado de corrupción, que todos cuantos dependían de ellos se veían condenados á la opresión y á la servidumbre" (2). En la *Biblia del señor de Bersa*, del siglo XIII, se lee que los caballeros, que debían defender á las pobres gentes y guardarlas contra los que las saquean, eran más ladrones que los otros (3). En el siglo XIV se dice que hubo una recrudescencia de caballería; pero un escritor contemporáneo nos dirá si los caballeros eran los protectores de los débiles: "Los caballeros, dice

(1) En la gesta de CHARROI DE NIMES, los caballeros arrebatan á los villanos sus bueyes y carros; los siervos se quejan, pero ¡ay de ellos!

"Tiex en parla qui moult en ot grand honté;
Perdit les euls, et pendi par la goule."

(Hist. literaria de la Francia, t. XXII, p. 493.)

(2) MILLOT, *Hist. literaria de los trovadores*, t. I, p. 82.

(3) BARBAZAN, *Romanées*, t. II, p. 400.

el *Sueño del Jardínero*, atormentan sin misericordia á los pobres y desgraciados, arrebatándoles lo poco que han ganado lealmente y justamente con el sudor de su rostro en medio de grandes angustias, sirviendo así de presa y caza á nuestra caballería,, (1).

Se suelen oponer con desden nuestras costumbres prosaicas é interesadas á la lealtad caballeresca. Nosotros no negamos la fe ni el honor de los caballeros; pero hay hartas sombras en ese cuadro. En el siglo XIII, un caballero redactó los *Assises de Jerusalem*, y unos cuantos legistas de profesion coleccionaron en Europa los fueros y costumbres feudales. ¿Quién no se prometería encontrar, de una parte, la lealtad y la buena fe, y de la otra, el espíritu curial y frauduloso? Pues bien, fué el caballero el que enseñó la astucia, y digámoslo más claro, la trampa, y fueron los legistas los que hicieron ostentacion de altas ideas de justicia y de derecho. Abrió los *Assises del Supremo Tribunal (Haute Cour)*. Felipe de Navarra os dirá por qué *fingimientos de razon* puede un litigante retardar ó acelerar la marcha de su causa y lanzar á su adversario y á los jueces á un laberinto de miserables sutilezas (2). Leed el *Consejo de Pedro Fontaines*, y veréis que no se ocupa más que de ofrecer medios de derecho á los que quieren *intrigar*; el juríconsulto os dirá que "en la lealtad no debe haber evasiva ni excusa,, (3). Toda la obra de *Beaumanoir* respira probidad y buena fe.

El culto de la mujer, ¿era siempre aquel amor platónico del cual se citan algunos rasgos admirables? (4). El docto autor de las *Memorias sobre la Caballería* responderá por nosotros: "Jamás, dice, se vieron más corrompidas las costumbres que en el tiempo de nuestros caballeros; nunca fué más

(1) *El Sueño del Jardínero*, p. 11, en los *Tratados de las libertades de la Iglesia galicana*, t. 1.

(2) *Libro de Felipe de Navarra*, c. III: "Se debe responder al requirente y no dar respuesta adecuada ó no decir palabra que tenga sentido... El que quiera evadirse con astucia, puede usar de otras estratagemas."

(3) *Consejo de P. de Fontaines*, c. XXI, núm. 29.

(4) Geoffroy Rudol, en la sencilla relacion de la belleza y las virtudes de la condesa de Tripoli, señora de la casa de Tolosa, se posee de una viva pasion hácia ella, y despues de celebrarla mucho en sus versos, arrebatado por el deseo de verla, se embarca para la Siria, cae mortalmente enfermo en el tránsito y no llega á Tripoli más que para exhalar el último suspiro, pero satisfecho de comprar á tal precio la dicha de haber visto un instante á la hermosa princesa y de saber que ésta se interesa por su suerte (FAURIEL, *Hist. de la poesia provenzal*, tomo I, p. 540).

general la relajacion,, (1). Y las pruebas en apoyo de esta acusacion abundan; creemos que se nos dispensará el no referirlas. Un escritor frances hace otra acusacion más grave á la caballería: la acusa de haber corrompido las costumbres de los pueblos modernos, poniendo por cima del deber el amor y aun el amor criminal; dice que la moralidad antigua era superior á la de la Edad Media, superior aún á la de la Edad Moderna, y, segun él, el gran culpable es la caballería (2). La acusacion es más que exagerada: nada más falso que el paralelo de la antigüedad y de los tiempos caballerescos; nunca fué tan horrible la depravacion como en tiempo del imperio, y la literatura cuya pureza se decanta era frecuentemente la expresion de las costumbres: ¿tendremos que recordar á Luciano y á los demas poetas de Roma? Verdad es que la moral de las poesias caballerescas es un tanto relajada (3); pero ¿se encuentra en los poetas antiguos un ideal del amor como el que celebra la poesia de la Edad Media? Ese ideal sin duda tenia su escollo, siendo una doctrina funesta la que conduce á desconocer los sagrados deberes del matrimonio, aunque sea en nombre de un sentimiento noble; pero los errores de los trovadores se explican. Ya hemos dicho lo que era el matrimonio en la casta feudal; era un tratado de paz, de amistad ó de alianza entre dos señores. Las mujeres heredaban feudos, y entónces el matrimonio era para un baron el medio más seguro y más fácil de acrecentar sus dominios; toda consideracion de moralidad, de sentimiento, de inclinacion, era sacrificada á la avaricia, la más grosera pasion de los hombres de la Edad Media que se nos presentan como tipos de desinterés; ¿cómo había de encontrar sitio el amor en semejantes uniones? El amor caballeresco, tal como lo cantan los trovadores, se ostentó como compensacion del amor conyugal que no existía. Lo que las mujeres sufrían como esposas explica el culto que exigían y que llegaban á obtener como damas de los caballeros; de ello vino á deducirse que el verdadero amor era imposible en el matrimonio, y que no podía existir más que en las relaciones libres, en las que, por parte de la mujer, fuese todo gracia y dón voluntario. Ese amor debió

(1) DE SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, tomo I, página 20. Véanse páginas 66-68.

(2) DELÉCLUZE, *de la Caballería*, t. I, p. 276, 346.

(3) DE SAINTE PALAYE, t. II, p. 18, 65;—DELÉCLUZE, I, 278.

ser un sentimiento puro: "No es amor, dice un poeta, aquel que se convierte en realidad,, El amor era considerado como el principio de toda virtud, de todo mérito moral y de toda gloria (1). La historia nos dice que el amor caballeresco no siempre fué un amor platónico; pero aun cuando se hubiese encerrado en los límites del sentimiento, la teoría de los trovadores debería condenarse; se la puede explicar, pero no justificar con el estado

(1) FAURIEL ha expuesto con una exquisita delicadeza la teoría del amor caballeresco en su *Hist. de la poesia provenzal*, t. I, páginas 496-515.

de la sociedad: era una reaccion del sentimiento contra las costumbres brutales. Pero la reaccion traspasó los límites, y condujo, en unas partes, al crimen, en otras al ridículo y en todas á perpetuar la brutalidad en las relaciones conyugales. No por eso condenemos el amor caballeresco; inspirémosnos en lo que tenía de noble el ideal de la Edad Media, y coloquemos el nuestro mucho más alto; procuremos elevar y moralizar el matrimonio, en vez de colocar el amor fuera de las uniones legítimas; y cuando hayamos conciliado el sentimiento con el deber, ya no se invocará más el sentimiento para violar el deber.